

“quedan sumergidos, mientras que los justos y los Santos, desembarazados del fardo de la culpa, no solo sobrenadan, sino que andan intrépidos sobre las aguas, á semejanza del Divino Salvador.”¹

¡Cuántas veces, oh Dios mio, arrastrado yo mismo por el peso del pecado, siento que me precipito hácia el abismo con la velocidad de la piedra! Pero entónces, á semejanza de vuestros apóstoles, dirigiéndome á Vos, exclamaba como ellos: “¡Salvadme, Señor, salvadme!”² Y Vos me habeis tendido vuestra mano, y aligerado así por vuestra divina gracia, he podido de nuevo andar sin temor sobre las olas tumultuosas de este mundo.

III.

La dureza de la piedra, así como la gravedad del peso que la arrastra, es una figura que en los libros santos se aplica ordinariamente á los pecadores.³ “Ellos han endurecido sus rostros contra mí sobre la piedra misma”—dice Jeremías:—y Job exclama, diciendo: “El corazón de Levia-
“thán ha venido á endurecerse como la piedra.”⁴

En este mismo sentido quiso significar Nuestro Señor Jesucristo el endurecimiento del impío que permanece sordo á la palabra divina, proponiendo la parábola de la semilla, de la que una parte cayó sobre la piedra y no pudo germinar porque estaba seca y no tenia jugo.⁵

IV.

Este carácter de dureza de la piedra es el símbolo de que se vale la divina Escritura para hacernos comprender la dureza del corazón de los pecadores y ver con claridad que ninguna fuerza humana puede resistir á la omnipotencia de Dios.

“La palabra del Señor—dice el Profeta Jeremías—es como el martillo que pulveriza la piedra.”⁶

Pero las más veces en lugar de romperla y pulverizarla, la misericordia divina se complace en trasformarla. “Dios es bastante poderoso para hacer de las mismas piedras hijos de Abraham.”⁷

Contemplemos ahora un bellissimo pensamiento de San Juan Crisóstomo, hablando sobre estas palabras del Evangelio: “La piedra—dice—á causa de su dureza, sabe conservar la forma que le dió la mano del Artista; esto sucedió con las naciones infieles que por tantos años vivieron tan endurecidas como las piedras que adoraban; mas cuando fueron convertidas

1 Orig. in Exod. hom. VI.
2 Mat. VIII, 25.
3 Jerem. V, 3.
4 Job. XLI, 15.
5 Luc. VIII.
6 Jerem. XXIII, 29.
7 Math. III, 2.

DE LA NATURALEZA.

La gravedad del pecado.—Dureza del corazón del pecador.—Cómo Dios rompe las piedras.—Cómo las ablanda.—El escándalo.—La palabra de Dios.—Jesucristo, piedra fundamental de la Iglesia.—El Apóstol San Pedro.—Las piedras vivas del santuario.—Las piedras dispersas.—¿Por qué temer?

I.

APÉNAS se fijan mis ojos con atención en la piedrecilla que rueda á mis piés. No tiene ni brillo ni valor; muchas veces pasa inadvertida en la superficie de la tierra. . . . Y sin embargo, esa pequeña piedra es un símbolo, y uno de los más fecundos que Dios presenta á nuestra consideración.

¡Oh hombre, nunca desprecies cosa alguna de las obras del Altísimo! Esa piedra oscura con que tropiezas en el camino tiene para tu alma un lenguaje tan elocuente, como el de la estrella que brilla en el firmamento.

II.

En el cántico que compuso Moisés despues de la victoria alcanzada sobre los enemigos del pueblo de Dios, cuando fueron éstos sepultados en las ondas del mar Rojo, refiriéndose á los soldados de Faraon, dice que descendieron como la piedra al fondo del abismo. “*Descenderunt in profundum quasi lapis.*”¹

¿Y por qué serian comparados á la piedra los enemigos del Señor? Oigamos la respuesta de Orígenes: “Los pecadores buscan los lugares bajos y se complacen en habitar en las profundidades de aquellas aguas amargas que son la imágen de los deleites de la carne; se parecen á las piedras que caen siempre al fondo por su propio peso. *Peccatores graves sunt.* Estos desgraciados permanecen en el fondo de esas aguas donde

1 Exod. XV, 5.

“por Jesucristo, permanecieron fieles en la fé y se fueron ablandando bajo las inspiraciones del amor divino. Entónces aprendieron á bendecir al Señor su Dios, y vinieron á ser aquellas piedras que cantaban las alabanzas del Salvador, miéntras se callaban ó murmuraban los incrédulos Fariseos.”¹

Dios nos explica en otra parte, por boca del Profeta Ezequiel, este mismo pensamiento acerca de su misericordia, aun respecto de los pecadores endurecidos: “Quitaré el corazon de piedra de vuestra carne, y os daré un corazon de carne; poniendo mi espíritu en medio de vosotros para que camineis bajo mis preceptos.”²

¡Oh Dios mio! Vos mismo nos habeis advertido “que el corazon duro tendrá mal fin.”³ Tened piedad, Señor, de la dureza del mio; rompedlo por medio de una contricion sincera, y llenadlo de ternura para que os ame.

V.

La piedra con que alguna vez tropezamos puede fácilmente ocasionarnos una caída.

Lo mismo sucede ordinariamente con el escándalo: puede ser de tal naturaleza una sola palabra ó una acción mala, que lleguen á causar la ruina espiritual del prójimo. Ved aquí por qué la piedra viene á ser el símbolo del escándalo en el idioma de la Escritura Santa, pues une frecuentemente estas dos palabras y usa de esta frase: “la piedra de escándalo. *Petra scandali.*”⁴

Hablando Jesucristo del escándalo, nos dice: “¡Ay de aquel por quien el escándalo viene: más le valiera no haber nacido!”⁵ Y en otra parte: “Desgraciado del mundo á causa de los escándalos.”⁶

¿Y nos admiraremos ahora que para librarnos de un tan grande peligro, Dios nos haya querido poner bajo la especial custodia de sus Angeles?

El Profeta David se dirige á cada uno de nosotros en las siguientes palabras de uno de sus salmos: “Dios ha mandado á sus Angeles para que os custodien en todos vuestros caminos, y os llevarán en sus manos para que vuestros piés no tropezasen con piedra alguna. *No forte offendas ad lapidem pedem tuum.*”⁷

¡Oh Angeles del cielo! Yo vivo en medio del mundo y rodeado de escándalos. El Señor os manda que veleis sobre nosotros y nos guardéis. Verdad es que vuestros ojos contemplan extasiados la hermosura del Al-

1 Chris. in Op. imperf. sup. Mat.

2 Ezech. XXXIV, 26.

3 Eccli. III, 27.

4 Rom. IX, 33; 1^o Pet. II, 8.

5 Math. XVIII, 7.

6 Ibid.

7 Ps. XC, 12.

tísimo; pero sin embargo, dirigid vuestras miradas á mis piés, y al mismo tiempo que sosteneis el mundo que el Señor ha lanzado en el espacio, llevadme en vuestras manos para que mis piés no vuelvan á tropezar con la piedra del escándalo.

VI.

Si me apoyo en una piedra, ella sola me afirma y me sostiene; y sin duda por esto, cantando el Rey Profeta las misericordias del Señor, se explica de este modo: “El Señor escuchó mis ruegos y me sacó como de un profundo lago y de un horrible cenagal donde hubiera perecido; pero puso mis piés sobre piedra firme y dirigió mis pasos.”¹ Igualmente, por esta causa aconseja Jesucristo en el Evangelio al Arquitecto prudente que no levante edificio alguno sobre arena movediza amontonada por las oleadas del mar, sino sobre piedra sólida, que pueda resistir la tempestad.²

¿Qué significa esta piedra sobre la que se descansa con seguridad y que defiende al edificio de los embates de la tormenta?

Sirviéndose de la misma parábola, Jesucristo nos la explica en estos términos: “Todo aquel que escucha mi palabra y la guarda, se asemeja al varón sabio que edificó su casa sobre la piedra.”³

¡Oh Dios mio! ¡qué cierto es lo que Vos me asegurais bajo vuestra palabra! Porque ¿quién puede apoyarse en la palabra humana que el menor soplo sabe desbaratar? ¿Ni quién podrá fiarse en la sabiduría de los hombres, cuando “está escrito—como dice el apóstol—que Vos confundireis la sabiduría de los sábios? *Scriptum est enim perdam sapientiam sapientium.*”⁴ Todo cambia, todo perece, “el cielo mismo y la tierra pasarán” y solo vuestra palabra permanecerá eternamente.⁵ Por lo mismo, ya no fijaré mis piés sino en la piedra firme de vuestra palabra, y solo en ella estableceré mi mansion para siempre.

VII.

Que la piedra sea el símbolo principal de Jesucristo, es doctrina común en todos los intérpretes de la Escritura Santa, siguiendo estas palabras de San Pablo: “*Petra autem, erat Christus.* Mas esta piedra era Cristo.”⁶

“Cada vez—dice San Gregorio—que en nuestros libros santos leemos el “nombre de piedra en singular, esta piedra nos simboliza á Jesucristo.”⁷

1 Ps. XXXIX, 3.

2 Math. VII, 24.

3 Math. XXIV, 35.

4 1^o Cor. I, 19.

5 1^o Cor. X, 4.

6 Ad. Corint. X, 4.

7 Moral. XXXI, 48.

En el texto de San Pablo que acabamos de citar se nos dá á conocer de una manera bastante clara y cierta, que la piedra del desierto tocada ó herida por Moisés no era más que el mismo Jesucristo.

“ Todos nuestros padres—dice expresamente el apóstol—bebieron una misma bebida espiritual ; porque ellos tomaban el agua de la piedra espiritual que los iba siguiendo. Esta piedra era Jesucristo.”¹

“ Mas esta agua que manaba de la piedra—agrega San Agustín—era la gracia divina que Jesucristo les daba para apagar la sed del alma, y la maderera de la vara con que Moisés hería la piedra, era el símbolo de la cruz donde fué despues crucificado Jesucristo, haciéndose entónces la verdadera fuente de la gracia.”²

Pues bien, si el Salvador es la piedra de donde sale agua, es igualmente la piedra de que nos habla Job, de la cual manan ríos de aceite. “ *Petra fundebat mihi rivus olei.* ”³

“ En verdad—dice San Gregorio—esa piedra divina derramaba con abundancia el aceite, cuando el mismo Jesucristo difundía la uncion santa de su divina gracia sobre las almas de los fieles.”⁴

Esta piedra es tambien aquella de que nos habla el Rey Profeta, cuando nos dice : “ El Señor les dió á comer de la grosura del trigo y los sació con la miel de la piedra. *Et cibavit eos ex adipe frumenti, et de petra, mele saturavit eos.* ”⁵

“ Sí—dice San Agustín⁶—nos sació con esa miel que es la sabiduría de Cristo : ” y yo me atrevó á decir : con la más dulce miel de Jesucristo : esto es, con la más dulcísima miel de la Eucaristía.

Jesucristo es tambien la piedra sobre la cual descansó Jacob ántes de emprender sus largas peregrinaciones, porque, como dice San Ambrosio, citando al Apóstol San Pablo : “ ¿ Qué fundamento deberemos poner á nuestras obras, sino aquel que ya ha sido puesto, es decir, el mismo Jesucristo ? ”

“ Él es igualmente aquella piedra desprendida de la montaña que rompió la estatua simbólica de los sueños de Nabucodonosor.”⁷ Y tambien la piedra que lanzada por mano de David fué á herir la frente de Goliat ; “ pues este gigante, como dice San Ambrosio, cayó por tierra muerto, no por la espada sino por la piedra, figura de Jesucristo.”⁸

“ Oh piedra verdaderamente divina, tú eres mi fortaleza y mi arma poderosa é invencible ; tú me sostendrás en medio de mi flaqueza y harás que triunfe de mis enemigos. Así es que solo en tí pongo toda mi confianza.

1 1ª Corint. X, 4.

2 De Gen. ad lit. lib. imp.

3 Job. XXIX, 6.

4 Moral. XIX, 15.

5 Ps. LXXX, 17.

6 In Ps. LXXX.

7 Dan. II, 35.

8 1 Reg. XVIII, 49.

VIII.

Pero sobre todo lo expuesto, Jesucristo es la piedra fundamental de su Iglesia. Piedra viva, porque la muerte no la destruirá ; piedra escógida desde la eternidad ; piedra preciosa y de valor infinito ; piedra angular que sostiene el edificio y que ha unido estrechamente los dos pueblos, al judío y al gentil, para no formar más que una sola Iglesia.

Esta piedra fundamental fué la reprobada por los arquitectos del mundo, pero contra la cual tambien vinieron ellos mismos á estrellarse ; pudiendo decir con verdad que esta piedra vino á servirles de tropiezo y de escándalo, segun la expresion del Apóstol San Pablo. “ Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado, que ha venido á ser escándalo para los judíos y locura para los gentiles.”

Mas en cuanto á mí, léjos de deséchar esta piedra, ántes por el contrario, la elijo para mi morada como edificio más sólido, puesto que está construido sobre ella misma.

San Agustín nos enseña que la piedra nos ofrece un refugio á todos : en ella se vá á esconder el erizo. “ *Petra refugium herinacis,* ”² y sirve de asilo á la paloma : “ *columba mea in foraminibus petrae.* ”³

El erizo rodeado de espinas por todas partes, es la imágen del pecador, Quiere decir, que si yo he pecado, no debo buscar otro refugio más que en Vos solo, ¡ oh Jesús !

El alma fiel está simbolizada en la paloma. Pues mientras más dócil sea yo á vuestros divinos mandamientos ¡ oh Dios mio ! mas pronto encontraré mi felicidad y reposo, sepultándome y ocultándome en las aberturas profundas de la piedra. ¿ Y cuáles son esas aberturas de la piedra, sino las llagas de vuestro cuerpo ? ¿ Y cuál la más profunda sino la de vuestro corazón ? Ved aquí mi refugio y mi descanso para siempre. *Hæc requies mea in sæculum sæculi.*⁴

IX.

Un día que estaba Jesús en compañía de sus discípulos, les hizo esta pregunta : “ ¿ Quién pensais que sea el Hijo del Hombre ? ” y ellos le contestaron : “ unos dicen que Juan el Bautista ; otros que Elias ; y otros, que Jeremías ó alguno de los Profetas. ” Pero vosotros, ¿ qué es lo que decis de mí ?—les replicó Jesucristo.—Entónces, adelantándose Pedro y tomando la palabra, le dijo : “ Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. ” A lo que contestó Jesús : “ Tú eres bienaventurado, Simon, hijo de Juan, porque esto no te

1 1ª Corint. I, 23.

2 In Ps. CIII, serm. III, 18.

3 Ps. IX, 10.

4 Cant. II, 14.

“ lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre celestial que está en los cielos. Y Yo te digo: que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.”¹

“Qué cosa tan admirable—dice San Gerónimo—por haber confesado la fé de Jesucristo, que es la piedra, Simon mereció ser llamado Pedro”²

Y San Leon agrega: “Que la verdad soberana decidió en su sabiduría permanecer inmutable para lo sucesivo; y Pedro, perseverando en esa solidez de la piedra que le fué conferida, jamás abandonó el gobierno de la Iglesia.”³

Y en otra parte sigue diciendo: “Tú eres Pedro—dijo Jesucristo á su apóstol, como si le dijera: Verdad es que Yo, por mí mismo, por mi esencia, soy la piedra inviolable, la piedra angular que ha de unirlo todo; pero puesto que tú tambien eres piedra, para que llegues á ser fuerte con mi propia virtud, el poder que me pertenece como propiedad mia, te lo transmito en participacion. Y ahora, sobre este fundamento sólido, quedará construido para siempre mi templo, y la sublimidad de este edificio que es mi Iglesia, llegará hasta tocar los cielos, elevándose sobre tí que eres la base de piedra.”

X.

Si el Apóstol Pedro, escogido por Jesucristo, es la piedra fundamental, todos los fieles que tenemos con él una misma fé, somos llamados, y con razon, por el mismo apóstol, piedras vivas, que sobrepuestas y enlazadas unas con otras, hemos llegado á formar el edificio de Cristo, que es la Iglesia.⁴

Nuestros templos y nuestras casas se construyen con piedras; pero de tal manera deben éstas colocarse y hermanarse, que de su simétrica union resulte la belleza y solidez del edificio.

“Hé aquí una imágen sorprendente de la caridad—nos dice San Gregorio—de esa caridad que debe unir á todos los fieles como piedras vivas de la Iglesia de Jesucristo.”⁵

Mas desgraciados de nosotros si en lugar de cumplir con el deber que se nos ha impuesto, nos hacemos semejantes á aquellas piedras del santuario sobre las cuales lloraba Jeremías, porque estaban esparcidas á la entrada de las plazas públicas.⁶

Las piedras se dispersan cuando dejan de estar unidas á la que les sirve de base, y cuando no quieren pertenecer más á aquel inmutable fundamen-

1 Mat. XIV, 18.
2 Cat. aurea. sup. Mat.
3 Serm. de ann. Ass.
4 Petr. II, 5.
5 In Ezech. lib. II, hom. I.
6 Jerem. IV, 1 Iam.

to, del cual el mismo Jesucristo dijo: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.”¹

XI.

¡Oh Pedro! ¡oh fundamento sagrado! En vano se levantará la tempestad... Las puertas del infierno jamás prevalecerán contra tí...!

Hombres de poca fé, ¿por qué tememos? El Señor se levantará y quedarán destruidos sus enemigos. Él mismo romperá contra la piedra las esperanzas impías de la Hija de Babilonia.²

1 Mat. XIV, 58.
2 Ps. CXXXVI, 9.

II.

En dos partes distintas de la Escritura Santa se nos habla de doce clases de piedras preciosas, y en las dos partes se designan con un mismo nombre y se enumeran bajo un mismo orden. Estas piedras tenían por objeto adornar el Racional del gran sacerdote de la ley mosaica.¹ Mas el Evangelista San Juan, en el libro del Apocalipsis, nos las presenta como sirviendo de fundamento á los muros de la Jerusalem celestial.²

Convengamos con San Gregorio en que es muy difícil explicar con minuciosidad lo que significa el color de cada piedra, así como el orden que á cada una se le destinó.³ Por lo mismo, nos limitaremos á darles una interpretación general, valiéndonos de las doctrinas de algunos autores piadosos.

Las piedras que adornaban el Racional del gran sacerdote, simbolizaban las eminentes virtudes que, emanando de la divina sabiduría, debían brillar en el corazón del Pontífice.

También nos simbolizan á los hombres animados del Espíritu de Dios, que uniendo el brillo de la santidad á la perseverancia en el bien, vienen á ser como las piedras preciosas empleadas por Dios para fundar su edificio espiritual.

Allá en la antigua ley, los patriarcas, padres de las doce tribus de Israel, fueron las piedras fundamentales del pueblo escogido, y por eso sus nombres fueron inscritos en las doce piedras preciosas del Racional de Aarón.

Además, esos patriarcas no eran entonces más que una imperfecta imagen de los doce apóstoles, que vendrían á ser después los padres del pueblo cristiano.

Ved aquí ahora, por qué el Doctor San Gregorio nos muestra á Jesucristo como el verdadero Aarón, pontífice único de la nueva ley, llevando sobre su pecho los nombres de los doce apóstoles, que fueron los primeros en predicar su Evangelio.

“Pero estos hombres—sigue diciendo el Santo Doctor—por medio de sus virtudes y de su predicación afirmaron la naciente Iglesia; y por lo mismo, nada fué más exacto que llamarlos desde entonces como se les llama todavía, los primeros fundamentos de la Jerusalem celestial.”⁴

Así es que los apóstoles están simbolizados á la vez, tanto en las doce piedras preciosas del Racional que adornaba el pecho del pontífice, como en esas otras piedras preciosas que sirven de base á los muros de la Ciudad Santa.

1 Exod. cap. XXXIX.

2 Apoc. XXI, 19 et 20.

3 Translat. hom. Orig. in Ezech. hom. XIV.

4 Moral. XXVIII, 5.

LAS PIEDRAS PRECIOSAS.

Reflejo de la sabiduría de Dios en nuestras almas.—Un mismo espíritu y sus diferentes dones.—El racional del gran Sacerdote y los fundamentos de la Jerusalem celestial.—Las virtudes sacerdotales.—Los Patriarcas.—Los Apóstoles.—Los nueve coros de los Angeles.—La corona de Jesucristo.

I.

MUY pocos ha de haber entre los objetos creados que lleguen á estimarse y á valer tanto como las piedras preciosas. Talladas y pulidas por el diestro lapidario, despiden á los rayos del sol sus diversos colores con un esplendor verdaderamente incomparable. Y lo que aumenta su precio es la duración constante de su belleza y los brillantes matices que ostentan, porque no son fugitivos como los de la flor. Nunca las roe la polilla ni el fuego las consume; su brillantez depende únicamente de la luz, y sin ella no resplandecen.

Por estas circunstancias vemos que la Escritura Santa nos presenta las piedras preciosas como el símbolo de la sabiduría. “Yo he preferido la sabiduría á todos los reinos del mundo—dice Salomón—y la he estimado mucho más que las piedras preciosas.”¹ También David nos enseña, “que el cumplimiento de las leyes del Señor es más apetecible que las piedras preciosas. *Judicia Domini desiderabilia super lapidem pretiosum multum.*”²

En verdad, así como las piedras preciosas brillan reflejando la luz, así también nuestras almas se vuelven inteligentes, iluminadas por la divina sabiduría. De la misma manera podemos asegurar, que así como los rayos de la luz producen en tal y tal piedra los variados matices del rubí, del zafiro y de la esmeralda, así también—dice el apóstol—“que aunque es uno mismo el espíritu que recibimos, sus dones son diversos: porque á unos les comunica el don de sabiduría, á otros el de consejo, á aquel el de ciencia, y al otro el de profecías ó el de milagros.”³

1 Sap. VII, 9.

2 Ps. XVIII, 11.

3 Corint. VII, 7.

III.

Mas no solamente los fundamentos de la celestial Jerusalem, sino tambien las murallas y las torres, nos las presenta el Evangelista San Juan construidas de piedras preciosas.¹ Porque en verdad, esa ciudad del cielo, se compone únicamente de las almas santas, investidas de la sabiduría de Dios, radiando con el brillo de su gloria.

Nosotros tambien, aunque simples fieles, estamos llamados para asemejarnos á esas piedras preciosas. San Ambrosio nos dice: "Que no nos basta ser piedras vivas que descansan en Jesucristo, sino que es necesario tambien que seamos piedras preciosas por la pureza de nuestra doctrina, por la santidad de nuestra vida y por la obediencia á la ley de Dios; y solo así nos será dado algun dia poder entrar por nosotros mismos, y tomar parte en esa magnífica construccion de la Jerusalem celestial."²

¡Oh Dios mio! ¡qué desprovista se encuentra mi alma de ese brillo, y qué poco digna de asemejarse á esas piedras preciosas! Sin embargo, Señor, Vos podeis tallarlas y pulirlas; trabajadas así por vuestras manos, deslumbrarán con su hermosura. Ah! yo me pongo con entera confianza en ellas, haced ¡oh Señor! que cada dia, creciendo de virtud en virtud, me vaya elevando de claridad en claridad.³

IV.

Interpretando San Gregorio aquellas palabras que el Señor dirigió al príncipe de los Angeles caidos. "Habitábais en un paraíso de delicias "y vuestras vestiduras estaban adornadas con toda clase de piedras preciosas...."⁴ nos advierte que el Profeta Ezequiel distingue tambien nueve clases de piedras preciosas, que simbolizan los nueve coros de los Angeles.

¿Y por qué—pregunta este Santo Doctor—por qué el príncipe de los Angeles estaria enriquecido con esa variedad de piedras preciosas y ataviado con toda la belleza de los espíritus bienaventurados, sino porque le era conveniente así para que sobresaliese su hermosura y esplendor? Al presente, despojado por su propia caída de tan preciosas vestiduras, conoce con más amargura toda la grandeza de su abatimiento y de su ruina.

Dios se complace tanto en la hermosura de nuestras almas, esmaltadas por su divina gracia, que quiere rodearnos de los nueve coros de los Angeles, como de otros tantos vestidos de piedras preciosas. Más ah! el pecado nos despoja de ellos, como despojó al príncipe de los Angeles, dejándonos reducidos á la vergonzosa desnudez de Adam.

¹ Apoc. XXI, 17.

² Com. in Ep. I, ad Corint. cap. 3.

³ Corint. III, 18.

⁴ Mor. XXII, 23.

V.

Las piedras preciosas se destinan comunmente para adornar las coronas de los reyes: y ¿quién la merece mejor que nuestro amadísimo Rey que es Jesucristo? Aquel Jesus de quien el Profeta David dice: "que fué puesta "sobre su cabeza una corona de piedras preciosas. *Posuisti in capite ejus coronam de lapide pretioso.*"¹

San Agustín nos enseña, "que mientras vivia acá en el mundo el Divino "Salvador, su corona no era otra, sino la que le formaban sus propios discípulos rodeándolo con su fé y con su amor. Mas ahora en el cielo se "reunen los Angeles, los Santos y todos los bienaventurados, para formar "la corona de su gloria."²

¡Señor Jesus, escucha mis ruegos! No te pido más, sino que dispensándome tu gracia, llegue á conseguir un dia, allá en el cielo, ser yo mismo una humilde piedra de vuestra corona.

¹ Ps. XX, 4.

² In Ps. XX, 4.